

A-Caj. 183/5





A-~~Co~~. 183/5



NO HAY VIDA COMO LA HONRA.

DEL Dr. JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

*Don Carlos Osorio.**El Conde Astolfo.**Leonor, Dama.**Don Francisco Centellas.**Tristan, gracioso.**Estela, Dama.**Don Pedro, viejo.**Teodoro, criado.**Ines, criada.**El Virrey.*

JORNADA PRIMERA.

*Salen Don Carlos Osorio con grillos, y
Tristan, su Criado.**Carl.* Qué dices de mi fortuna?*Trist.* Que aun así estás muy galán.*Carl.* Esto es ser pobre, Tristan:
desde mi primera cuna
nací con aquesta estrella.*Trist.* No es muy mala, pues Leonor
te muestra tener amor.*Carl.* Pues sino fuera por ella
qué hubiera sido de mí?*Trist.* Y esos grillos? *Carl.* Ya se trata
de reducirlos á plata,
y entre tanto estaré así,
pues no me quiere escuchar
el Virrey. *Trist.* Es un...*Carl.* Détente,
no te arrojes neciamente,
que en todo caso el honrar
á la Justicia, es justicia.*Trist.* Dices bien, pero no quando
trae la Justicia arrastrando
la prision y la malicia,
que quien Justicia no hace,
no es Justicia para un hombre.*Carl.* Basta tener solo el nombre,
aunque tal vez se disfrace.
No has visto á un hombre mirar
con risa, alguna pintura
tan grosera y tan obscura,
que le obliga á murmurar?
Mas si el mismo que la ofende,
por las letras, que á los piestiene, vé que imagen es,
aunque al pincel reprehende,
humilde y con el sombrero
quitado, no revencia
su retrato? *Trist.* Es evidencia.*Carl.* Pues de la Justicia infiero
lo mismo, bien puede ser
que esté tan mal retratada,
que no se parezca en nada
á quien debe parecer.
Mas la Vara es un renglon,
que dice: *Yo soy Justicia,*
y no obstante su malicia,
se le debe adoracion:
que aunque sea siendo ingrata
á su nombre soberano,
pintura de mala mano,
en efecto á Dios retrata.
Y no es justo que los dos
intentemos ofender
á quien puede responder,
que es un traslado de Dios.*Sale Fernando, de camino, con gri-
llos, y Teodoro.**Fern.* Hay tan extraño sucesos!
Teodoro, lo por venir
quién lo puede prevenir?*Teod.* Tú de esta suerte? Tú preso?*Fern.* Trató mi padre casarme
con Doña Leonor de Ibarra,
mi prima, muger bizarra,
y que puedo enamorarme
antes de verla, porque es
(segund dicen) bella moza:

llego aqui de Zaragoza,
 y antes de entrar, ya lo ves,
 sobre salpicar á un hombre,
 acaso, y sin culpa mia,
 me dixo tal demasia,
 (hombre al fin de baxo nombre)
 que á apearme me obligó,
 y darle de cintarazos,
 sin esperar á otros plazos:
 llegó la Justicia, y dió
 en que el hombre estaba herido,
 costumbre, ó codicia antigua,
 y asi mientras se averigua,
 adonde ves me han traído,
 y adonde yo por no hacer
 con mi tio, y con mi esposa,
 mi cordura sospechosa,
 no me he querido valer
 en esto de su favor,
 puesto que con veinte escudos,
 que harán hablar á los mudos,
 me dice el Procurador
 que de aqui me sacará.

Teod. Eso es negociar callando.

Trist. Este es aquel Don Fernando
 que te dixe. *Fern.* Oye, alli está,
 y aun mirando con cuidado,

Miranse los dos Caballeros.
 aquel hidalgo, de quien
 dicen todos tanto bien.

Carl. Qué brioso! Qué alentado!

Fer. Hablarle quiero. *Car.* Acá viene. *lleg.*

Trist. Ya se miran, ya se llegan,
 ya se abrazan, ya se ruegan.

Fern. Toda esta licencia tiene
 la carcel: gentil presencial *ap.*

Carl. Vos me honrais.

Trist. Quién tal pensar!

Por un ojo de la cara
 no harán una reverencia.

Qué tales están los dos
 para danzar un torneo.

Carl. Si por la carcel grangeo
 un amigo como vos,
 en deuda estoy á los grillos,
 pues han sido los terceros.

Fern. Qué haremos? *Carl.* Entretenernos;
 nappes hay, y mas, librillos

he traído, escoged, ea,
 y sentaos. *Fern.* Mejor será,
 pues tiempo nos sobrará,
 hablar en algo, que sea
 de mas gusto, y así os ruego,
 porque os lo cobrado amor
 desde que os ví, que el valor
 rinde, y aficiona luego,
 vuestra prision me digais,
 que por esas escaleras
 la cuentan de mil maneras.

Carl. Puesto que tanto me honrais;
 oid, si os hago servicio.

Teod. Ya están asidos los dos.

Trist. Pues juntemonos yo, y vos,
 á rezar en este oficio.

Sacan una baraja de nappes, y vanse.

Carl. Ya os habrá dicho esta gente,
 que soy Don Carlos de Osorio,
 Caballero de Valencia,

mas noble que venturoso.

Nací hidalgo como el Rey;

mas tan pobre, que me corro,

vive Dios, de haber nacido,

para ser blanco afrentoso

de los buenos, y los malos,

de los unos, y los otros;

que es la pobreza un lunar

tan feo, que en qualquier rostro,

sirve de escalon obscuro

adonde tropiezan todos.

Viendome, en fin, desvalido

de la fortuna y el oro,

patrimonios que dá el Cielo

al formar el alma á soplos.

Estudié de Humanidad,

que es lo que llaman los Doctos

Buenas Letras: lo que basta

á un Cortesano curioso.

Danzo tambien, corro, esgrimo,

y quando se ofrece, toco

sin melindre una vihuela,

en su metro numeroso:

y sobre todo, hago versos,

sin decir mal de los otros,

que para el siglo que corre

os prometo que no es poco.

Determineme á no amar,

porque fuera lance improprio,
 siendo pobre, divertirme
 en empleos amorosos;
 que amar sin tener que dar,
 ó es preciarse de muy loco,
 ó tener hecha la cara
 al desaire de andar corto.
 Mas viendo á Casandra un dia,
 (no es este su nombre proprio,
 mas callole por modestia)
 quedé mudo, quedé absorto,
 y quedé mas pobre que antes,
 pues liberal á mi modo,
 hasta sin alma quedé,
 porque la ferí á sus ojos.
 Amabanla Feliciano,
 Floro, Alberto, Lucidoro,
 y el Conde Astolfo, sí bien,
 con mas licencia que todos
 el dicho Conde, por ser
 mas noble, ó mas poderoso.
 Antojósele (qué dicha!)
 baxar una noche al soto
 á enamorar á sus Ninfas,
 ó á dar nieve á sus arroyos,
 y viniendo por el Rio
 en su coche, y trás él Floro,
 el Conde, Alberto, y Ricardo,
 y yo tambien, que iba solo,
 como carta que en el juego,
 donde el amor pide oros,
 es figura, y no ganancia,
 y así la descartan todos:
 sucedió que los caballos
 atentos á un alboroto
 que mas adelante hacia
 el placer de algunos mozos,
 se alteraron de manera,
 que sin atender fogosos
 á los preceptos del freno,
 rompiendo el cristal sonoro,
 se abalanzaron al Rio
 con tal fuerza, que el Piloto
 de aquella encerrada barca
 probó el agua, midió el golfo.
 Ya lo veis, Casandra entonces,
 sacando el turbado rostro
 por el cancel de un estrivo,

con acentos lastimosos,
 piedad al Cielo pedia,
 y á sus amantes socorro.
 Mas ellos (quién tal pensara!)
 como peñas, como troncos
 inmoviles al remedio,
 y á su voz estaban sordos.
 Llegué yo entonces, y ciego
 de ver su tibieza, arrojo
 el vestido, aunque era tal,
 que me hiciera poco estorvo.
 Salto al agua, esgrimo el brazo,
 hiero el ayre, el cristal rompo,
 y al coche voy, que parado
 parecia verde escollo,
 cercado de plata falsa,
 y de sucesivo plomo.
 Entro dentro, y ella ansiada
 con el susto, y el asombro,
 al caello me echa los brazos,
 y yo en ellos la acomodo
 sin alíño, que la priesa
 dió licencia á tan forzosos
 favores, que aun el recato,
 que hasta alli fue melindroso,
 dicen, que enseñó al cristal,
 por no decir á mis ojos,
 de la columna de seda,
 no sé si seda con oro.
 Iba Casandra sin pulsos,
 y cáta sobre un hombro
 izquierdo mio su cara;
 y como el golpe furioso
 del agua con mil baibenes
 me combatia; ella, y todo
 mudaba sitio á la cara,
 tanto, que sus labios rojos,
 ví tal vez, como de paso,
 con los míos venturosos,
 encontrarse sin querer,
 porque entre su cielo hermoso,
 y entre mi rostro, no habia
 mas tabique que mi rostro.
 En esto ya sus amantes,
 ó corridos, ó envidiosos,
 se habian escondido: en fin,
 Casandra se aquel asombro
 cobrada, con un suspiro



que el arte guardó con otros,
 corriendo las dos pestañas,
 fue sumiller de sus ojos:
 y apenas volvió en su acuerdo,
 quando salpicando á trozos
 con viva sangre la nieve,
 Señor Don Carlos de Osorio
 (me dixo) para quereros
 bastaba solo el abono
 de ser quien sois, y saber
 que os debo, no, no lo ignoro,
 dos años de voluntad;
 pero ahora que conozco,
 que os debo tambien la vida,
 creed que á mi cuenta tomo
 la paga, y creed tambien
 (esto cubriendose el rostro)
 que os tengo amor, y algo mas.
 Con esto quedé tan loco,
 Fernando, que aun no crei,
 por ser mio, tanto gozo;
 que es en un hombre abatido
 el favor tan sospechoso,
 que volvi á mirar al campo,
 por ver si hablaba con otro.
 Estaba cerca un molino,
 y para con mas decoro
 poder secarme y vestirme,
 á su sagrado me acojo.
 Allí estuve hasta la noche,
 y al volver, entre unos olmos,
 me pareció que habia gente,
 y con mas atención, oigo
 hablar seis hombres tan cerca,
 que casi con ellos topo;
 y con la luz, que la luna
 daba prodiga, conozco
 que es el Conde y sus criados,
 que como una fiera ó toro,
 me acosan y me retiran;
 mas yo diestro y animoso,
 al primero que encontré,
 que fué acaso el Conde Astolfo,
 en la mano de la espada
 alcancé un mandoble y roto
 de una vena el primer velo,
 bañó de purpura el pomo.
 Llegó entonces la Justicia

de la Hermandad, que el contorno
 de aquel campo visitaba,
 y sin oir en mi abono
 mis disculpas, al Virrey
 me llevan, que rigoroso
 solo conmigo, quizá
 porque vió que estaba roto,
 maniatado hizo traerme
 á este obscuro calabozo,
 donde á poder de la envidia
 vivo el hombre mas dichoso
 que tiene el mundo: aqui estoy
 de aquella deidad que invoco,
 regalado cada dia,
 aqui me escribe, y respondo
 lo menos de lo que siento,
 y lo mas de lo que ignoro.
 Esta es, Fernando, mi historia,
 esta es la luz que enamoro,
 esta la Aurora que sigo,
 esta la dicha que gozo,
 esta la vida que paso,
 esta la suerte que logro,
 esta la gloria que espero,
 y esta la Dama que adoro.

Fer. Notable historia por cierto,
 y digna de eterna fama!

Con razon Casandra os ama.

Carl. Pues de camino os advierto,
 que es lo mejor de Valencia,
 rica, hermosa, y celebrada.

Salen los Criados.

Trist. Oye. *Teod.* Escucha.

Trist. Una embaxada
 á lo que en la diferencia,
 de color alegre, y triste,
 magra, y gorda, mala, y buena,
 parte gusto, parte pena,
 ansia, y gloria, susto, y chiste,
 te traigo. *Carl.* Pues di primero
 la buena. *Trist.* Pues no es mejor
 saber antes lo peor,
 porque el bocado postrero
 te cure de aquella mala?

Carl. No, Tristan, que puede ser,
 si entrambas se han de saber,
 que la mala sea tan mala,
 y de tanto rigor llena,

que no me dexé en el pecho
á la vida de provecho
para que sepa la buena;
y la buena puede ser
tan dulce en el razonar,
que no le dexé al pesar
rastros para acometer:

y así diestro Maestresala
la buena es bien que me des,
que harto tiempo habrá despues
para trincharme la mala:
empieza, acaba, di presto.

Trist. Pues digo, que libre estás;
esa es la buena. *Carl.* No mas!

Trist. No mas? Pues es barro esto?

Carl. Levantése el Conde? *Trist.* Sí,
y el Virrey está informado
del caso, y orden ha dado
para que salgas de aqui.

Carl. Di ahora la mala. *Trist.* Digo,
que el siervo de D. Fernando...

Carl. Ya escucha el alma temblando.

Trist. Ha estado hablando conmigo,
y dice que su señor
es de Leonor....

Carl. Qué? *Trist.* Pariente,
y que su padre... *Carl.* Detente.

Trist. Viendo en estado á Leonor;
ya me entiendes, moza y bella,
le envia á casar. *Carl.* Pues bien.

Trist. No conmigo. *Carl.* Pues con quién?

Trist. Dice el siervo, que con ella.

Carl. Con Leonor? *Tris.* Sí, con Leonor.

Carl. Diceslo de veras? *Trist.* Sí.

Carl. Todo el cielo sobre mí
se ha caido (ay triste amor!)
ya no puede la fortuna,
ni dar mas, ni querer mas.

Trist. En efecto, libre estás,
y sin dilacion alguna.

Fern. El otro negoció presto.

Carl. Y viene á ser lo peor,
que la historia de Leonor,
aunque con nombre supuesto,
le he contado. *Fern.* Pues, amigo,
no me dais el parabien?

Libre estoy. *Carl.* Y yo tambien.

Fern. Vos tambien?

Carl. Ay, enemigo!

Sí, Fernando. *Fern.* Ireis ahora
á ver á vuestra Casandra.

Carl. Aunque ciega salamandra
soy de su fuego, y la adora
toda el alma, hasta las dos
de la noche no podré.

Tristan, qué diré? qué haré?

Trist. Disimular. *Fern.* Pues de vos,
puesto que lugar habrá,
me he de amparar.

Carl. No seais corto,
aquí estoy, si acaso importo.

Fern. Yo soy nuevo en el lugar,
no sé las calles, y quiero
que á una casa me lleveis,
que acaso conocereis.

Carl. Esto mas, cielos! Qué espero?
Y es? *Fern.* De D. Pedro de Ibarra.

Carl. Es muy grande señor mio:
ay tal sucesos! *Fern.* Es mi tio.

Carl. Una hija muy bizarra,
si acaso yo no me engaño,
ha de tener: ay amor!

Fern. Llámase Doña Leonor.

Carl. Por mí mal y por mi daño.

Fern. Discreto sois, y pues vos
el alma me habeis fiado,
sabed que vengo casado
con ella. *Carl.* Mal te haga Dios. *ap.*

Fern. Qué dices? *Carl.* Ay triste! Digo
que es muy hermosa muger;
esto es morir ó querer? *ap.*

Fern. Mirad que venis conmigo
hasta ponerme en su casa.

Carl. Esto en qué fabula cabe?

Trist. Medianamente se sabe.

Carl. Lo que ahora por mí pasa, *ap.*
tal estoy, que no lo creo.

Fern. Venid, porque verla pueda.

Carl. Muerto voy: todo os suceda....

Fern. Cómo? *Carl.* Como yo deseo.

Vanse, y salen algunos criados,
Conde con banda, acompañando á
Leonor y á Ines con mantos.

Leon. Vueseñoria, de aqui
no ha de pasar. *Cond.* Quien se abrasa,
por todo pása. *Leon.* Mi casa

no es Iglesia. *Cond.* Para mí siempre cruel. *Leon.* Soy quien fui.

Cond. Pues tomar agua bendita de un hombre, qué da ni quita?

Leon. No da, ni quita, Señor; mas tengo al agua temor, aunque sea agua bendita.

Aquella pila, aunque breve (tanto puede el temor mio) la imagina un grande rio, que á sus margenes se atreve, y vuelta la grana en nieve, tomó su furia cruel, porque si tropiezo en él, es fuerza, Señor, llamaros, y no quiero aventuraros á que os arrojéis á él.

Cond. Ya os entiendo; mas responde mi amor, que la voluntad en una publicidad tal vez el amor esconde.

Leon. Es engaño, señor Conde, que el hombre que ve á su dama con peligro en vida, ó fama, y la suya no aventura, ó rebienta de cordura, ó es muy poco lo que ama. Mandadme, señor, en cosa que pueda serviros yo; mas en cosa dé agua, no, que es para mí peligrosa, y si es ocasion forzosa, gusto, tema ó interés, yo entraré al agua cortés; mas con condicion.... *Cond.* Decid.

Leon. Que esté Don Carlos alli, por si peligro despues.

Aunque no, no quiero tal, porque si el agua se atreve, y hollando la riza nieve, me socorre liberal, podrá ser que le esté mal, y que envidiando su suerte, á la noche se concierte en disimulado alarde, algun nadador cobarde, que salga á darle la muerte.

Cond. A tan necio responder,

la mejor satisfaccion será quitar la ocasion, y dexaros por muger, que despues yo sabré hacer....

Leon. Qué ha de hacer Vuesñoría?

Cond. Vengar esa grosería. *Leon.* Cómo?

Cond. Matando, pues puedo....

Leon. A quién? *Cond.* A D. Carlos.

Leon. Quedo, ay Carlos del alma mia! *ap.*

Cond. Vos vereis... *Leon.* Es rigor fiero.

Cond. A quien mereció esos brazos...

Leon. Cómo, Conde? *Con.* Hecho pedazos.

Leon. Pues digo yo, que le quiero?

Cond. No; mas tengo por agüero, que compitamos los dos.

Leon. Señor Conde Astolfo, á Dios.

Ines. Qué has hecho? *Cond.* Voy á trazar la muerte que le he de dar, para vengarme de vos.

Vase el Conde, y queda Leonor sola.

Matar á Carlos mi enemigo quiere, para que yo le quiera agradecida; muerta debo de ser, muerta ó herida, pues en Carlos me hiere, si le hiere.

Que viva yo sin Carlos, no espere, porque tengo á su vida el alma asida, y es descomedimiento de la vida, (re. que viva el cuerpo, quando el alma mue-

Conde cruel, si por mirarme esquiva, solícitas de Carlos la venganza, á tí te está mejor que Carlos viva.

Que aunque por él mi desamor te alcanza, si vive, vivo yo, y estando viva, tal vez podrá engañarte la esperanza.

Vase, y salen Carlos, Fernando, y Tristan.

Fern. Llegamos ya? *Carl.* Ya llegamos.

Fern. Vive Dios, que está una legua de la carcel esta casa; valgate Dios por Valencia!

Hecho pedazos estoy.

Tris. Señor, donde vas? Qué intentas!

Carl. No sé, Tristan. *Trist.* Yo lo creo: pues dime, con qué conciencia traes á este hombre arrastrando por calles, y callejuelas dos horas ha sin parar, dando vueltas; y mas vueltas?

Carl. Mira, en pensar que le llevo
(ay Tristan!) á que la vea,
á que la adore, y quizá,
á que se case con ella,
pues llegar á ver sus ojos,
y adorar sus luces bellas,
aunque parecen dos cosas,
para mi son una mesma:
me pierdo tanto, que tuve
la mano en la espada puesta
para darle de estocadas.

Trist. Y eso decíslo de veras?
Jesus, qué mal pensamiento!
Reza muchos credos, reza,
porque Dios te guarde el juicio.

Carl. Menos tendré, quando veas
que doy voces como amante.

Trist. Y aun como loco pudieras.

Fern. Tristan, tu señor quí tiene,
que ya tirando las cejas,
ya los ojos en el Cielo,
y ya el semblante en la tierra,
va hablando consigo mismo?

Trist. Señor, mi amo es Poeta,
y los tales quando escriben
mudan mas de quatrocientas
caras en una hora sola:
porque si es de cosa tierna,
se retozan ellos mismos,
se mirlan, y se gorgean.
Si es de guerra, se ensayonan,
se encolerizan, y empernan;
de manera, que tal vez,
llevados de aquella idea,
encasquetando el sombrero,
al primero con que encuentran,
como si fuera de Olanda,
de Francia, ó Inglaterra,
diciendo: Santiago, á ellos,
cierra España, todos mueran;
le dán dos, ó tres puñadas,
ó le quiebran la cabeza.
Ahora que abrió los brazos,
y dando al sesgo una vuelta,
se puso de Orate Frates,
escribe sin duda quexas.

Carl. Este loco siempre está,
aunque el mundo se revuelva,

de gracia; lo cierto es,
y bien la color lo muestra,
que al volver por esa esquina
encontré al Conde, y la fuerza
del enojo, y de los zelos
me ha puesto de esta manera.
Ello ha de ser, pues qué aguardo;
Denme los Cielos paciencia:
esta es, Fernando, la casa;
llama, Tristan, á esta puerta.
Mas tente, que desde aqui,
con mediana diligencia,
puedes verla antes de hablarla;
porque ella, y su prima Estela
cantando á las almohadillas,
para entretener la fiesta,
han hecho jardin el patio.

Fern. Y Estela vive con ella?

Carl. No vive, pero el amor
que la tiene, es de manera,
que se juntan cada dia.

*Descubrese un estrado, donde están
haciendo labor Leonor, Estela,
y Laura.*

Trist. Si chirimias hubiera,
Cant. Laur. „Fuera tramo ya á pie quedo,
„mas escucha, que ya sueñan.
„De su querido Vireno
„la bella Olimpa se quexa,
„mas porque la lleva el alma,
„que porque el honor se lleva.
„Ay! dice, triste y quexosa.

Leo. No trates, Laura, de quexas,
que parece que es ponerme
miedo, y estoy muy resuelta:
Ay preso del alma mia!

Carl. La de la mano derecha...

Trist. Acabalo de parir.

Carl. Es Leonor. *Est.* Buena cabeza,
bien tocada estás. *Leon.* Ay, prima!
Si de un deseo digeras,
no pienso que te engañaras.

Carl. La otra es su prima Estela,
que para estrella le falta,
quizá por yerro dos letras,
y le sobran para el Sol
muchas. *Fern.* Por cierto que es bella!
Mas Leonor... Carl. Qué te parece?

Fern. Qué me parece? Que es flecha del mismo amor, que es un rayo del Sol, que es Sol, y que de ella, para aprender á lucir pueden baxar las estrellas desde su Cielo. *Trist.* No pueden, que están de aquí muchas leguas, y baxarán despeadas.

Carl. Ay tal cosa? Qué consienta esto un hombre? Vive Dios...

Fern. Carlos, qué colera es esa?

Tris. Ahora escribe batallas.

Carl. En viendo que alguno llega á gozar con libertad, lo que quiere, ó lo que intenta, me acuerdo de aquel tyrano, que así mi ventura inquieta, y sin poder resistirme, como si aquí lo tuviera, me alboroto. *Trist.* Es muy sanguino: mas que dás con todo en tierra?

Est. Digo, que es aquel Don Carlos.

Leon. Dices bien: ay, prima, dexa, dexa el almohadilla ahora, y pues mi padre está fuera, dile que entre; y de camino hecha la aldaba á la puerta: vosotras desde el balcon, ya me entendeis, tened cuenta.

Fern. Ya nos ha visto, yo llego.

Carl. Primero, con tu licencia he de ganar las albricias, porque Leónor por las nuevas] hable á Casandra mañana.

Fern. Muy enhorabuena sea, tu amigo soy, aquí aguardo.

Leon. Mi bien? *Carl.* Señora?

Leon. Así llegas, despues de tanta prision?

¿A quién miras? En qué piensas?

Carl. No sé señora. *Leon.* Qué decís?

De que calle me haces señas?

Carl. Tente por Dios, que te pierdes, y está la causa muy cerca.

Leon. Qué dices? Habla mas claro.

Carl. Este hidalgo que allí queda, es Don Fernando, tu primo, viene á casarse contigo,

es muy galan, tu su deuda, la parte el Juez de esta causa, yo el que espero la sentencia, mi verdugo el desengaño, este patio la escalera, ya me quieren arrojar; harto he dicho, á Dios te queda.

Leon. Mi bien, esposo, señor, oye, escucha, advierte, esperar.

Carl. Qué quieres? *Leon.* Que te reportes: qué lastima! y qué verguenza!

— Cierto, que quando te vi llegar con turbada lengua, ya mordiendote los labios, ya desquiciando sin cuenta de su lugar las palabras, y ya escupiendo centellas por los ojos, que pensé que el Cielo sobre la tierra se caia, ó que el Virrey con ocasion, ó sin ella te desterraba del Reyno, ó que por vengar su ofensa el Conde, andaba pagando á quien la muerte te diera, que ya las muertes se pagan como el paño en una tienda; y confiesote, que estuve escuchandote mas muerta que viva; mas ya que se que es la ocasion tan diversa, vuelvo en mí: Jesus qué susto! No te perdono la pena que me has dado. *Carl.* Ahora burlas, viendome morir de veras.

Leon. Carlos, si que nada importa que mi primo vaya, ó venga: nadie se casa dos veces en la Católica Iglesia, antes de haber enviudado: yo, conforme á mi conciencia, ha días que me casé, estás vivo, yo contenta, soy Christiana, temo á Dios; harto he dicho, el mundo venga: llama ahora á Don Fernando. Quieres mas? *Carl.* Solo quisiera poder besarte los pies.

Leon. Las manos están mas cerca:
y he de abrazar al tal primo:

Carl. Eso es fuerza.

Leon. Pues si es fuerza,
ponte detras, y al descuido
te daré la mano izquierda:
llamale. *Carl.* Venero el amor.

Leon. Esto es, prima, estar resuelta.

Fern. En fin, negociaste bien?

Carl. Está loca de contenta.

Fern. Mucho me huelgo. *Trist.* Tragola
el señor novio. *Est.* Ya llegan.

Fern. Ya os habrá dicho Don Carlos...

Leon. Los brazos son la respuesta; abra-
de lo que Carlos me ha dicho, (zanse.
vengais muy enhorabuena.

Trist. Como una cordera está
Llega Carlos, y besa la mano.
aguardando, llega, y besa.

Fern. Este abrazo fue por prima.

Leon. Y este por esclava vuestra.

Trist. No aguarda que se lo rueguen.

Leon. Mirad que mi prima espera
para besaros la mano.

Fern. Perdonad, señora Estela,
que Leonor tuvo la culpa.

Leon. Y mi tio, cómo queda?

Fern. Con salud, aunque la gota,
algunas veces le aprieta.

Est. No es muy galan vuestro primo?

Leon. Parece que le requiebras,
quieres que diga que sí?

Que lo haré porque tu quieras,

mas no porque le he mirado:

dame el pulso, estás enferma?

Sientes algo en ese pecho?

Duelete ya la cabeza?

Jesus, que calenturaron!

Est. Por tu vida, que estoy buena,
que no me muero, Leonor,
tan aprieta como piensas.

Trist. Con la cabeza te dice,
que te vayas, y que vuelvas.

Carl. Pues voime: Fernando á Dios,
dadme hasta despues licencia.

Fern. Carlos, esta es vuestra casa,
mandad, disponded en ella.

Leon. Al Señor Don Carlos, primo,

por obligacion y deuda,
debemos servirle todos.

Carl. Tristan, si ahora le cuenta
lo del rio. *Trist.* Pues por qué,
no le avisaste? *Carl.* Qué pena!
Yo señora... *Leon.* Veis, Fernando,
á Carlos, que tan de nuevas
se hace? Pues yo le debo...

Cal. Sí, porque mi padre era
gran servidor de esta casa:
ay Tristan, si me entendiera!

Leon. Aun no me acordaba de eso.

Carl. Si es, porque estando en la Iglesia
el otro dia, á un hidalgo,
que habló mal en vuestra ausencia,
le dixé lo que seria,
fue respeto á vuestras prendas.

Trist. No entiende mas que una burra.

Leon. Que propio es de la nobleza,
disimular los favores,
y encubrir las gentilezas.

Esto digo. *Carl.* Muerto estoy.

Leon. Porque si por el no fuera,
ya no tuvierades prima.

Fern. Carlos se turba, y altera,
y Leonor dice, que debe
tanto á Carlos: mas qué fuera,
que Leonor fuera Casandra?

Carl. Dexadlo por vida vuestra.

Leon. Pues no es mejor, que mi primo
sepa, y conozca la deuda
en que mi vida os está?

Fern. Sí, prima, porque agradezca
un beneficio tan grande.

Trist. Vive Christo que rebienta
por desbuchar el secreto,
como si una purga fuera.

Leon. Digo, pues... *Fern.* Decid, decid.

Leon. Que por la verde cenefa
iba del rio una tarde
en mi coche, bien agena
del daño... *Fern.* Ya sé la historia.

Trist. Metió los dedos, ya es fuerza
echar hasta las entrañas.

Fern. Y sé, que el coche sin rienda
se entró por el agua, y luego...

Carl. Ay desdicha como aquesta? *ap.*
Que no lo avisase antes.